

haciendo de York su capital, había ido **calmando** con los años su ardor guerrero, y dejó grata **memoria** entre el clero anglo por haber favorecido los templos de sus territorios, especialmente el de Durham. Adversario **decidido** suyo era el rey del Northumberland septentrional, **el anglo** Egberto, quizás el mismo que los daneses pusieron allí en calidad de vasallo suyo.

Todo iba perfectamente, y la influencia de la Iglesia, de la cultura anglicana y de los dos reinos del Northumberland comenzaban a triunfar de los paganos cuando de repente fueron puestos de nuevo en tela de juicio, por daneses y normandos, no solo estos progresos sino la existencia misma de aquellas potencias. En efecto, la gran victoria conseguida en r.º de noviembre de 891 por el rey alemán Arnulfo, junto al Dyle, y el hambre terrible que en 892 hizo imposible la permanencia en las costas de la Lorena y de la Francia occidental, de continuo asoladas, fueron causa de que las numerosas hordas que allí se entregaban a sus correrías se lanzaran sobre Inglaterra. En el verano de 893 presentóse delante de Kent una escuadra de 250 buques cuya gente desembarcó en el punto en que el mar baña la selva de Andredre, en la desembocadura del riachuelo Limene, procedente de esta, que se confunde con el Rother que desemboca al Norte de Winchelsea. Un baluarte que los labradores del país habían construido cuatro millas mas arriba de aquella desembocadura, fué tomado sin grandes dificultades, y despues, tierra adentro, en Apuldre (Appledore) se levantó un fuerte campamento. Una segunda escuadra, compuesta de 80 buques, dobló la punta de Kent y penetró en el Támesis; sus tripulantes, á cuyo frente se encontraba Hasting, se establecieron, á principios del año 894, en Middletune (Royal Milton, al Sur de Sheerness), de manera que todo el territorio á ambos lados de la gran selva fué saqueado por los invasores, que habían llevado consigo caballos del continente y que hacían sus correrías de un lado hasta Hampshire y de otro hasta Berkshire. También era imposible contener á los daneses de Estanglia y del Northumberland, y la circunstancia de que despues de la muerte de Healfdene (23 de agosto de 894), sus tres hijos Analaf, Sihtrico y Reginaldo se vieran oprimidos por otro danés llamado Guthredo, contribuyó tal vez á reavivar entre los daneses su afición á la lucha y á las aventuras.

La situación de Alfredo volvía á ser desesperada, y de los peligros que ofrecía nos da muestras la gran circunspección con que intentó dominarla. Ofrecíase la perspectiva de difíciles y largas luchas y para sostenerlas era poco á propósito el ejército de milicias tal como hasta entonces se encontraba organizado, pues por su propia naturaleza no podía permanecer mucho tiempo en pié de guerra. Por esto organizó Alfredo el ejército de manera que por de pronto solo puso en campaña la mitad de las tropas, dejando la otra mitad en sus propios hogares para poder luego reemplazar con esta á la primera. Las plazas fuertes recibieron una guarnición permanente, compuesta probablemente de los hombres directamente afectos al servicio del rey. En los planes de Alfredo no entraba el librar una batalla decisiva ni el dirigir un ataque contra los campamentos daneses. Por el contrario, situó su ejército en la selva que separaba á los dos cuerpos principales del ejército enemigo, y así como estos, para sus correrías, se dividían en pequeñas hordas, también dividió él sus tropas en pequeños destacamentos que seguían á aquellas en todos sus movimientos y se lanzaban sobre ellas á la primera ocasión favorable. Con esta guerra de detalle nada se arriesgaba, y se conseguía, en cambio, la ventaja de que los daneses limitaran sus excursiones á un corto radio y de que al quedar este esquilmo hubieran de buscar otro teatro para sus hazañas.

Los daneses comenzaron por diseminarse desde Apuldre; su escuadra navegaba al Norte, mientras las tripulaciones, provistas de rico botín, marchaban por el Támesis para reunirse con ella en Essex y levantar allí un nuevo campamento. Entonces Alfredo reunió sus tropas y alcanzó á los enemigos cuando estos trataban de pasar el río por Farnham, mas arriba de Lóndres, y aun cuando no pudo evitar que lo pasaran sin tener que acudir á un vado, les arrebató todo el botín y los fué empujando por Essex hasta la desembocadura del Colne, á donde probablemente había llegado entretanto su escuadra y donde podía contar con la isla de Mersey como fuerte punto de apoyo. La circunstancia de haber trascurrido el tiempo de servicio de la milicia y la falta de víveres obligaron á Alfredo á emprender la retirada.

El curso de los sucesos en el otro ejército, que mandaba Hasting, se nos presenta mucho mas oscuro y no podemos decir qué motivo indujo á aquel caudillo á entregar sus dos hijos como rehenes al rey anglo-sajón. Hasting no hizo con sus compatriotas la marcha por el Támesis y no abandonó probablemente su campamento de Milton hasta que la intempestiva magnanimidad de Alfredo, que hizo bautizar á los dos hijos del pirata, devolviéndolos luego á su padre, destruyó todas las consideraciones que podían contenerle y hasta que la retirada de los anglo-sajones de Essex le permitió pasar allí con su ejército y reunirse con el que se encontraba en Colne. Habiendo sido herido en Farnham el rey danés, Hasting se hizo cargo del mando de todo el ejército y llevó á cabo, desde su campamento fortificado de Beamfleote (enfrente de Convey Island), varias correrías por el interior, cuya defensa estaba exclusivamente confiada al ealdorman de Mercia Ethelredo y á la guarnición de Lóndres, que Alfredo había reforzado en su retirada.

Las malas noticias que llegaban del Sudoeste hicieron que Alfredo abandonara mas precipitadamente la posición de Essex. En efecto, mientras él se encontraba en este punto, una escuadra northumbro-estanglia había llegado á las costas de su indefensa patria; cien buques atacaron á Exeter, y otros cuarenta se dirigieron, doblando el Landsend, al mar del Norte, embistiendo una fortaleza en la opuesta costa de Devonshire. La llegada de Alfredo hizo desaparecer la inminencia del peligro, pero aquel inesperado ataque contra Wessex obligó al rey á distraer una gran parte de sus fuerzas, con lo cual los anglo-sajones se vieron imposibilitados de tomar parte en la lucha contra Hasting y en la defensa de Mercia, amenazada todavía de mayor peligro.

Aprovechando la ausencia de Hasting que estaba ocupado en una de sus correrías, la guarnición de Lóndres llevó á cabo un golpe de mano sobre el campamento naval fortificado de Beamfleote, llevándose consigo á aquella ciudad todo el botín allí reunido, las mujeres y los hijos de los guerreros ausentes, y conduciendo á Lóndres ó á Rochester los buques apresados; las demás embarcaciones fueron destruidas ó entregadas á las llamas. Pero Hasting reemplazó muy pronto la destruida escuadra con otra que ancló á pocas millas al Este de Shoebury, se proporcionó refuerzos de Estanglia y del Northumberland y emprendió con todas sus fuerzas una gran campaña al Oeste, atravesando el territorio de Mercia, pasando el Támesis y luego el Saverne y llegando hasta las fronteras de Gales.

Es posible que el danés contara con que los príncipes del país de Gales, á quienes Ethelredo de Mercia, yerno de Alfredo, había sometido años antes á su soberanía, abrazarían su causa; pero habían pasado ya aquellos tiempos en que el resto de los celtas, por odio nacional hacía sus vecinos alemanes, hacían causa común con los paganos; estos les habían hecho sufrir tanto como á los anglo-sajones, de modo que ni

en Cornwall ni en Gales hubo rebelión alguna. Los de la Gales del Norte siguieron al ejército de Ethelredo con la misma fidelidad que los distritos alemanes del Norte del Támesis y de ambas orillas del Saverne. Los ealdormanes Ethelnoth de Somerset y Aethelino de Wiltshire y los hombres del rey que formaban las guarniciones de los puntos no amenazados, acudieron al auxilio de Ethelredo, el cual se encontró entonces en condiciones de encerrar á los daneses en Buttington, en la frontera de Gales, que era hasta donde habían avanzado en sus correrías. Los sitiados tenían víveres para algunas semanas; agotados estos, acudióse á los caballos y muchos guerreros habían ya perecido de hambre cuando Hasting se decidió á intentar una salida desesperada por el Este. Aun cuando la *Crónica sajona*, al hablar de la batalla que se dió, atribuye la victoria á los cristianos, que hubieron de comprarla á costa de mucha sangre, la salida de Hasting tuvo éxito, pues se sabe que durante el otoño, este llevó á cabo con nuevas fuerzas desde Essex una expedición hacia el Oeste. Esto parecía revelar en él la intención de trasladar su campo de operaciones desde los territorios del Este, tan esquilmo, á los del Oeste, que hasta entonces habían sufrido poco; por lo menos, abandonó por completo el campamento de Shoebury, enviando á Estanglia los buques, mujeres y efectos que en él se encontraban. Su objetivo era entonces Chester, á donde llegó á marchas forzadas hechas de día y de noche. No habiendo podido apoderarse de la ciudad por sorpresa como intentaba, dióla un asalto que duró dos días; esto no obstante, Chester no fué tomada, pero fué destruido por el furor de los daneses cuanto contenía. Las personas fueron asesinadas, el ganado robado y los cereales destinados á piensos para los caballos ó quemados. Hasting se estableció durante el invierno en Wirhcale, extensa península situada entre los golfos de Mersey y de Dee, para lanzarse en la próxima primavera (895) sobre Gales y castigar á este pueblo por la lealtad que había mostrado hacia Alfredo. Pero las terribles devastaciones que durante sus correrías llevaba á cabo fueron causa de que no pudiera permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, y cuando finalmente se presentó á su vista el ejército del reino, evitó toda lucha y se dirigió hacia Northumberland y Estanglia, y luego nuevamente hacia Essex, donde escogió como punto de apoyo la isla de Mersey en la desembocadura del Colne.

Aun cuando su propósito de fortificarse con carácter de permanencia en el Oeste fracasó esta vez por completo, —pues la escuadra que se presentó delante de Exeter hubo de regresar sin haber podido conseguir su fin, sufriendo además grandes pérdidas cuando á su regreso trató de saquear á Essex,—apenas había menguado el peligro que á Inglaterra amenazaba. Los daneses no podían permanecer quietos, pues prescindiendo de su afición á las aventuras y de su codicia de botín, la simple necesidad de subvenir al sustento de sus masas les obligaba á intentar nuevas empresas. No había pasado todavía el invierno de 895 á 896 cuando desde Colne penetró una horda en el Támesis pasando por delante de Lóndres, arrebatando las pequeñas embarcaciones del riachuelo Lea y fortificándose en el centro del país, á veinte millas de la ciudad, probablemente en Hatfield. Un ataque precipitadamente intentado por los vasallos de Lóndres, fué sangrientamente rechazado por los daneses, los cuales no volvieron á ser molestados hasta que en la época de la cosecha se presentó ante ellos Alfredo. Este, con gran prudencia, no se dejó atraer á la lucha, sino que se contentó con tomar posiciones que permitieran á los londonenses aprovisionarse de trigo en las vecinas comarcas. Un día en que penetró en el Lea, ocurrió á su mente la idea de que era fácil obstruir el río de manera que los buques daneses no

puudiesen transitar por él, idea que llevó á cabo construyendo en ambas orillas fortificaciones que hiciesen absolutamente imposible toda navegación (1). Esta medida produjo un efecto inesperado, pues los daneses abandonaron el campamento de Lea, dejando allí los buques, que ya de nada les servían y que fueron conducidos por los anglo-sajones á Lóndres, con todo aquello que merecía la pena de ser transportado. Sin embargo, los daneses no se dirigieron hacia Essex, donde poco tenían que esperar, sino que enviaron á sus mujeres á Estanglia y tomaron la dirección contraria, encaminándose al través de Mercia hacia el alto Saverne, donde se fortificaron nuevamente en Ewathrycge (Bridge-worth) y pasaron el siguiente invierno.

No se sabe que fueran atacados en estas posiciones, pero la inevitable falta de víveres les obligó, durante el verano de 897, á abandonar este punto situado en el centro del país y fué causa, además, de que se dividieran, marchándose los unos al Northumberland y á Estanglia, de cuyos territorios estaban ya posesionados sus compatriotas, y dirigiéndose otros, bajo la dirección de Hasting, por mar á Francia, donde les fueron cedidos terrenos para establecerse, con lo cual llegaron á descansar.

Inglaterra estaba salvada. Si la lucha y la carestía habían quebrantado poco á poco las huestes de los vikingos y contribuido á que el suelo inglés ofreciese pocos atractivos á aquellos invasores, la prudencia del rey había entrado también por mucho en este triunfo, pues á consecuencia de sus disposiciones, los daneses no pudieron fijarse en ninguna parte por estar las plazas fuertes convenientemente defendidas. Ciertamente allí donde se presentaban podían asolar y saquear las llanuras, pero los desastres por ellos causados casi tanto les afectaban á ellos mismos como á los infelices habitantes. Las enfermedades que sobre estos se cebaron durante la última gran invasión de los daneses (893-897) hicieron también presa en estos, cuyas fuerzas se fueron debilitando y cuyos ataques iban perdiendo su salvaje energía allí donde no los excitaba una persona tan influyente como era Hasting. Al desaparecer este guerrero del teatro de la lucha, los habitantes creyeron que el principal peligro estaba conjurado y que todavía se podía abrigar alguna esperanza. El autor de la crónica del país expresa este sentimiento, entonces predominante, al escribir en 897: «Gracias sean dadas á Dios porque el ejército danés no ha destruido por completo al pueblo anglo.»

CAPITULO XI

CONSTITUCION Y CULTURA DE INGLATERRA DURANTE EL REINADO DE ALFREDO

El rey Alfredo, hablando de sí mismo, en su traducción del Boecio, dice: «Puedo afirmar plenamente que mientras he vivido me he esforzado por mostrarme digno y por dejar perpetuada en buenas obras mi memoria entre los hombres que despues de mi muerte me sucedan.» Y realmente lo consiguió, pues si importancia tiene el haber defendido por espacio de treinta años con firme perseverancia á su patria, mayor gloria es todavía haber sido su regenerador. Cuando el Estado y la cultura de los anglo-sajones iban á quedar por completo destruidos, Alfredo, conecedor de las necesidades del presente y fija su vista en el porvenir, se dedicó á la obra de reconstrucción. La importancia del hombre de Estado se nos presenta en él unida á la gloria del guerrero, y am-

(1) Pauli, pág. 270, cree que el trabajo de Alfredo consistió en una desviación del río, cosa que no confirma la *Crónica sajona*.

bas cualidades están realizadas por los atractivos de un carácter tan especial como simpático.

Las cualidades guerreras de los anglo-sajones no se desplegaron desde luego ante los repetidos ataques de los daneses. El ejército de campesinos que había sido reclutado para el servicio del momento, cuando el enemigo se encontraba ya en el país, y que hubo de equiparse por su propia cuenta, no podía competir con un enemigo que desde largo tiempo había hecho de la guerra su ocupación constante, que elegía a su gusto el punto de ataque, que se procuraba los medios de vida a costa de los propios agredidos, y que en la mayoría de los casos conseguía el objeto que se propusiera mucho antes de que se pusieran en movimiento o de que se reunieran los contingentes anglo-sajones llamados al servicio. A esto había que agregar otra circunstancia: mientras el número de invasores se aumentaba a medida que la victoria coronaba sus esfuerzos, el de los defensores disminuía, como era natural, pues con las largas guerras y las cada vez mayores devastaciones, los labradores que se veían obligados al servicio de las armas se encontraban imposibilitados de soportar la triple carga de servir en el ejército, de proporcionarse el equipo necesario y de atender a su sustento. La constitución militar de los anglo-sajones negaba, pues, al soldado todo aquello que más falta le hacía. La guerra, que hizo patente este mal, no lo produjo, sino que lo puso de manifiesto, pues su germen estaba en la propia constitución militar, que suponía en los llamados a este servicio una igualdad de hacienda y propiedades, y que permaneció inalterable cuando la desigualdad fué en este punto la regla general. Esta constitución no podía aplicarse a aquellos hombres libres que no poseían terreno alguno y que se ganaban el sustento trabajando como jornaleros al servicio de otros, y aun menos a aquellos pequeños labradores que apenas podían mantener a su familia y que por motivos meramente económicos no podían cumplir el deber general. Este, por tanto, pesaba doblemente sobre los grandes propietarios, —desde el momento en que cada centuria tenía que proporcionar un contingente determinado,— y la continuidad de este gravamen, inevitable en tiempo de Alfredo, los arrastró a la ruina general y los hizo inútiles para el servicio. Si teniendo esto en cuenta, el funcionario regio del shire, de acuerdo con la asamblea de este, guardaba ciertas consideraciones al tratarse de hacer la leva, los intereses del Estado eran los que salían perjudicados.

Los inconvenientes que ofrecía la constitución militar anglo sajona hubieran podido ser remediados si, a semejanza de lo que se había hecho en el reino franco, el deber del servicio en vez de pesar sobre cada uno de los hombres libres hubiese pesado sobre un grupo y se hubiese hecho a este solidario de la presentación, equipo y manutención de los soldados y del reemplazo de los desertores. Este recurso, que entre los francos retardó, aunque no pudo evitar la decadencia del ejército popular, no lo intentaron los anglo-sajones del siglo IX, y esto es tanto más extraño cuanto que la innovación se armonizaba perfectamente con el sistema de recíprocas garantías, tan en uso entre ellos. La ley sobre el ejército popular siguió, pues, siendo lo que había sido, es decir, injusta para los particulares, perjudicial bajo el punto de vista económico, pesada en la organización militar y por regla general inútil para combatir a un enemigo organizado de muy distinto modo. No es, pues, de extrañar que desde la catástrofe de 878 Alfredo hiciera poco uso del ejército y procurara sobre todo evitar con él las batallas decisivas. La tentativa que en 894 hizo de dividirlo en dos contingentes, a fin de hacer más llevadera a los particulares la carga, tuvo un éxito desgraciado y el rey se vio obligado

a suspender su hasta entonces afortunada campaña, porque el primer contingente había consumido sus víveres y el segundo no había podido reunirse todavía.

La inutilidad del ejército popular aumentó el valor de los séquitos militares, especie de guardia real que estaba incondicionalmente obligada a servir a su señor, que podía equiparse más rápidamente y con mayor facilidad podía ser utilizada en los campos de batalla. Por lo que toca al séquito del rey, alcanzó durante aquel siglo de guerras el esplendor que antes había tenido, de suerte que en él se encontraban reunidos, a las órdenes del rey, no solo los gesiths propiamente dichos que vivían en palacio sino también todos aquellos a quienes se habían concedido tierras, y los poseedores de cinco o más hufes; no solo aquellos que prestaban el servicio de las armas sino también los que de entre estos habían sido llamados a desempeñar cargos públicos; en una palabra, todos los elementos principales del pueblo. El rey ejercía el mando directo sobre los que directamente estaban afectos a su servicio, y el indirecto, por medio de sus thanes, sobre los séquitos de estos, siendo muy probable que los últimos copiaran la institución que Alfredo, según testimonio de Asser, creó para su propio séquito, y que siendo más propia para las necesidades de aquel tiempo, resultaba además menos costosa. El monarca, en efecto, dividió su séquito en tres contingentes, cada uno de los cuales servía por espacio de un mes en la corte del rey, siendo por este mantenido y pagado, y retirándose, después de este plazo y por espacio de dos meses, a sus respectivos hogares los hombres que lo formaban. Con esto se comprende claramente que los que componían el séquito real eran propietarios y que el rey solo los mantenía durante el período en que verdaderamente prestaban sus servicios. Desde el momento en que los magnates hicieron con sus séquitos respectivos lo que con el suyo había hecho el rey, llegóse al resultado de que en todo tiempo había en el país un cierto número de soldados sobre las armas, diseminados, sí, en distintas partes pero más fáciles de reunir que el ejército popular. Además, el número de estos soldados podía duplicarse y triplicarse, llamando a los contingentes de las otras dos divisiones. Estas fueron las tropas con las cuales Alfredo hizo preferentemente, durante la segunda mitad de su reinado, la guerra a los daneses, siendo natural que prefiriera aquel corto número de soldados seguros y dispuestos a la lucha, al ejército popular, cuyas masas, dada la falta de organización, eran demasiado considerables y solo podían ser utilizadas durante períodos de tiempo sumamente cortos. Para el servicio de guarniciones, por ejemplo, servicio al cual Alfredo dió una importancia que hasta entonces no se le había concedido y que consideró indispensable, solo podían servir los afectos al servicio de séquito y no los que venían obligados al servicio general.

Alfredo consideró con razón imposible impedir el desembarque a unos enemigos que hacían del mar su base de ataque y que con sus innumerables y ligeros buques podían tomar tierra en cualquier parte. En algunos casos se conseguía evitarlo, pero por regla general los daneses desembarcaban de repente en un punto inesperado, y solo después de transcurrido mucho tiempo se reunían fuerzas anglo-sajonas suficientes para arrojarlos de allí; dadas la constitución militar del pueblo anglo-sajón y la falta de medios de comunicación, no podía evitarse, a pesar de los mejores deseos, que los daneses asolaran ora una, ora otra provincia. Era, pues, preciso tratar de limitar aquel mal inevitable y Alfredo creyó que el mejor medio para ello era establecer muchas plazas fuertes que aseguraran un asilo a los habitantes de las cercanías y que mientras estuvieran en pie impidieran la completa destrucción de los que hubieran penetrado en ellas. Pero en

un principio sus excitaciones para la construcción de tales obras no encontraron eco alguno: los deberes nacionales comunes durante aquel largo período de guerra, pesaban sobradamente sobre el país, y por esto las asambleas de los shires en las cuales debía acordarse lo concerniente a las construcciones, no tomaron en serio la nueva carga que quería imponer el monarca. Cuando el enemigo que había invadido el país hubo incendiado casas y pueblos, asesinado o hecho prisioneras a personas queridas y dejado a los que sobrevivieron apenas lo necesario para su sustento, entonces se echó de menos todo aquello y se alabó la sabiduría del rey; y como casi todas las provincias hicieron durante el año iguales tristes experimentos, fué poco a poco llevando a cabo el sistema de fortificaciones propuesto por el rey, cuyos resultados, en lo que podemos conocer, fueron excelentes. Cuando Hasting se arrojó sobre el país no pudo tomar ni una sola de las grandes plazas fuertes, como Rochester, Chester y Londres, que había sido recientemente fortificada, viéndose al poco tiempo obligado a abandonar la asolada provincia. Aquellas plazas fuertes, en las cuales el rey solía poner guarniciones permanentes compuestas de gentes de su séquito, servían principalmente de punto de apoyo para las excursiones contra los daneses, de suerte que estos apenas podían encontrar un punto de reposo. Para evitar toda contingencia y teniendo en cuenta la posibilidad de que las fuerzas enemigas adquirieran la preponderancia y de que se repitieran los sucesos del año 878, Alfredo, al año siguiente, trasladó a Aethelney, que en otro tiempo le había servido de refugio en su huida, en una verdadera fortaleza, protegida por el agua y los pantanos que la rodeaban y a la cual daba acceso, por el lado Este, un largo puente defendido por dos castillos. Esta fortaleza, sin embargo, no fué, según parece, utilizada.

Como hemos dicho, era imposible evitar los desembarques del enemigo, pero podía ponerse ciertos límites y hacer menos sensibles sus consecuencias cuando se tenía noticia de la aproximación de los daneses y se defendía por mar el suelo inglés. En este último sentido, vemos que Alfredo pensó en tener una escuadra propia, y este pensamiento, ya tuviera efecto en 876, como parece probable, ó ya se realizara después, es una prueba de su penetración y de su energía. La primera organización de la escuadra fué mezquina; sus primeros aprestos no tuvieron importancia, y si tomó incremento luego, fué por haberse apresado algunos buques daneses, que constituyeron el botín del ejército de tierra anglo-sajón cuando se apoderaba de algún campamento naval enemigo. En 890 consiguióse un progreso real cuando Alfredo mandó construir buques de dobles dimensiones que las que solían tener las embarcaciones danesas, y que necesitaban ser movidos por sesenta remos. Para tripularlos tomó a sueldo hábiles navegantes frisones, que ya antes habían estado a su servicio. La nueva escuadra se puso en movimiento en 897, cuando, después de haber partido Hasting, algunos buques piratas de Northumberland y de Estanglia molestaban todavía las costas meridionales; y aun cuando en aquella ocasión no consiguió importantes victorias y sufrió daños no menores que los que causó, la circunstancia de que los anglos atacasen al enemigo por mar y con buques de mayor importancia, produjo muy buen efecto. Además, aquellas embarcaciones piratas se fueron a pique, combatidas por los vientos y por las tempestades, y todos los que las tripulaban y buscaron su salvación en tierra firme fueron ahorcados, por lo cual los daneses de Northumberland y de Estanglia abandonaron por vez primera su piratería, que tan peligrosa se había hecho. Alfredo tuvo, pues, el mérito de haber dejado a sus sucesores expedita la senda de la defensa que más se avenía con las condiciones naturales del territorio.

Aquel débil ensayo de escuadra costó sin duda más esfuerzos de lo que se desprende de las escasas noticias que de ella nos dan los contemporáneos. La primera dificultad que debió de presentarse fué saber quién había de construir y aprestar los buques, pues esta carga no era de las que por tradición pesaban sobre el pueblo, y no había una caja del Estado ni una contribución general para un fin público con que poder subvenir a tanto gasto. El decreto que, por lo menos en la segunda mitad del siglo décimo, fué ley para las cosas de mar, pudo muy bien ser debido a Alfredo, que indudablemente tuvo que dictar algunas disposiciones sobre el particular. Este decreto disponía que cada tres centurias de la costa construyeran un buque. Ignórase si esta disposición se tomó por acuerdo del witan ó simplemente por mandato del rey; tenemos que contentarnos con saber que a consecuencia de la larga guerra danesa, el sostenimiento de la escuadra vino a agregarse a las cargas que pesaban ya sobre el pueblo.

Entre las dificultades con que tuvo que luchar Alfredo menciona Asser la indiferencia popular hacia los progresos del Estado; los marinos se habían cruzado de brazos, y Alfredo comprendió que solo con la ayuda de Dios podría conducir al deseado puerto la nave del Estado. En un principio nadie hizo nada por el bien común, y solo muy paulatinamente las súplicas, las exhortaciones, los castigos, y sobre todo el ejemplo del rey, consiguieron interesar a los obispos, ealdormanes, thegns y gerefás en pro del Estado, haciendo que todos ellos se mostraran dispuestos a hacer algún sacrificio por el bien general y a apoyar las reformas introducidas por Alfredo. Entre estas no figura la división del territorio en centurias y decurias, que algunos le atribuyen, pues las centurias eran mucho más antiguas, y Guillermo de Malmesbury (en el siglo XI), en cuya autoridad se apoyan los que tal afirman, no habla de una división territorial sino de la formación de grupos de cien y diez personas para la seguridad pública y la prestación de mutuas garantías, institución que ni en esta forma puede atribuirse a Alfredo, sino que más bien es debida a Canuto el Grande. Esto no obstante, ya se comprenderá que Alfredo se vio obligado a hacer una nueva división del territorio, pues este había sufrido algunas desmembraciones y se había alterado la antigua demarcación a consecuencia de la permanencia del enemigo. Así por ejemplo, en aquellos territorios que habían sido cedidos a los daneses en virtud del tratado de Wedmore y que luego habían sido reconquistados, hubo de hacerse algo que correspondiera a la división común al resto del reino. En otros lugares, a las centurias que habían perdido más hombres hubo que agregarles otros territorios formando centurias nuevas para facilitar la igualdad en el reparto de las cargas públicas. La antigua división del territorio en distritos, a los cuales se daba entonces el nombre de shires, y la de los shires en centurias, no fué variada en conjunto, y el hecho de haber sido respetada la diferencia de extensión que había entre las pequeñas centurias de la costa y las grandes centurias del interior, es una prueba de que si bien Alfredo se dedicó a reformar este orden de cosas, lo hizo limitándose a lo más indispensable y guardándose de destruir lo que tenía un carácter histórico en pro de una uniformidad matemática. En cambio, se armoniza perfectamente con el amor que al orden profesaba Alfredo y con su afán de sintetizar, que ya se nos ofrece en materia de hacienda, el hecho de haber mandado formar un registro de la propiedad y del territorio de todo el reino, igual al célebre *domesday-book* de Guillermo el Conquistador. El abad Ingulfo de Croyland refiere, a principios del siglo XI, que este *Rotulus* de Alfredo se encontraba en Winchester y contenía un estado de todo el país